

El torero malagueño, renovado, se deja sentir en un toreo de calidad, ajuste y distinción. Brillante tarde con dos toros de Victorino muy diferentes. Una oreja, y casi dos o tres

Madrid, 25 mar. (COLPISA, Barquerito)

Domingo, 25 de marzo de 2018. Domingo de Ramos. Madrid. Corrida de Inauguración de la temporada. Nubes y claros, muy ventoso, fresco, desahogado. 12.000 almas. Dos horas y cinco minutos de función. **Seis toros de Victorino Martín. El Cid**, silencio y

silencio tras aviso.

Pepe Moral,

silencio y silencio tras aviso.

Fortes

, una oreja y silencio tras un aviso.

Brega diligente y sabia de

Raúl Ruiz

con el tercero, al que

Carretero

prendió dos pares soberbios y pegó, además, tres capotazos de maestro.

TOREÓ MUY BIEN **Saúl Fortes** dos victorinos de pinta, traza, estilo y condición bien diferentes. Un tercero cárdeno, largo, veleta y vuelto, de anchas sienas, muy ofensivo, la edad recién tomada, el más ganoso y noble de la corrida; y, fuera del tipo propio del encaste, un sexto negro entrepelado, frentado, bien pero razonablemente armado -mazorcas gruesas, cuerna reunida-, poderosos pechos, musculado y de más seria expresión que ninguno. Con esos dos toros tan dispares se avino **Fortes** a modo.

El viento no dejó elegir terrenos, y en terrenos diametralmente opuestos fueron las dos faenas. La una, en las rayas de dos y hasta los tres tendidos de sol; la otra, en las rayas de dos de los tres tendidos de sombra. El viento, inquieto polizón, trastornó a destiempo el vuelo de la muleta, pero ni una sola vez la figura alada del torero malagueño, tan firme como siempre. Pero otra clase de firmeza: el encaje natural, posado. Ni una sola baza de trágala ni una postura forzada.

Los brazos sueltos, los dos, manejaron a modo una muleta de apariencia pesada, pues sin lastre no se habría podido gobernar tan lindamente embestidas como las de esos dos toros tan distintos. Frágiles, humilladas, a veces gateaditas la del tercero de la tarde, que, sin el poder del sexto, fue de querer y darse, y se dio y quiso cuando vino templado, tenido y consentido, traído por delante, llevado en línea o a la cadera, según, y casi mimado porque, sangrado en tres puyazos, podría haberse ido al suelo al menor tirón. Las fuerzas justas y no sobradas le dieron al toro un aire propio. Con él vinieron muletazos de notable cadencia, ligados en serio, los más sacados limpiamente. Un pase de pecho obligado extraordinario. Un desarme en un pisotón. El conjunto fue, sin pretenderlo, redondo. Ejemplo de toreo embraguetado y tan delicado como gobernado.

Es norma que el toro de **Victorino** sea mutante y este mutó para bien: los diez viajes mejores fueron los diez últimos. Con ellos, la guinda de la faena, que se vivió con subrayados sonoros. La guinda fue una espléndida tanda de naturales enroscados y otra de toreo genuflexo de horma y castigo, en la suerte natural y en la contraria, de muletazos muy largos. Una estocada hasta el puño, tal vez trasera. Tardó en doblar el toro, el único de los seis aplaudido en el arrastre. La irresistible caída de **Fortes** en gracia vino precedida de un brillante recibo a la verónica de este tercer toro. Siete verónicas de exquisito sello -el juego de brazos, el vuelo largo y lento del capote, el mismo ajuste que iba a ser luego nota mayor de la faena- y, en el remate, casi en el platillo, dos medias a pies juntos, frontales, de aire añejo, muy hermosas las dos.

La mutación del sexto toro, el raro del envío, fue del todo inesperada. Las manos por delante de salida, estuvo a punto de saltar la barrera, derribó de verdad en el primer encuentro con el caballo, se enceló con el peto y lo hizo con fiereza, sobrevivió a un duro puyazo trasero, esperó, cortó y se defendió encastillado en banderillas. Parecía imposible. Pero no. Sereno, **Fortes**

lo vería clarísimo. Media docena de suaves muletazos por delante y al paso para sacarse el toro hasta la segunda raya -tanda abrochada con otro obligado de pecho- y, sin pausas ni demora, la muleta a la izquierda para en un mismo terreno cuajar tres tandas de naturales solemnes, sencillas, la tercera cortada en dos fases por mor del viento. Y, luego, una cuarta en redondo, que fue la mejor de todas. Si

Fortes

se va por la espada en ese momento, y la entierra, se cae la plaza. El eco fue tremendo. Eco que lo cegaría y animaría a seguir, pero en trabajo intermitente y en una segunda mutación del toro para mal, para apoyarse en las manos. Y no entró la espada. Y cayó, como un borrón, un aviso.

La primera corrida del curso empezó en **Madrid** con gresca por culpa de un toro primero del año, de espléndidas hechuras y gran calidad de salida, pero protestadísimo porque llevaba en la nalga izquierda una cornada y por ella sangraba. A

El Cid

no le dejaron casi ni ponerse.

El Cid

se empeñó con el cuarto de corrida, semejante en forma y fondo al tercero, la misma edad, pero, impaciente, con el viento de enemigo, el torero de Salteras solo pudo firmar algún muletazo suelto. El toro de peor nota de la corrida fue un segundo que se quedó debajo, se revolvió, midió y fue muy mirón; el más difícil, el quinto, de felina elasticidad, cornipaso y vuelto, de imponer por delante, de muy desigual ritmo, con su listeza. El lote de

Pepe Moral,

que cumplió sin volver la cara, pero sin brillo.

Postdata para los íntimos.- Todo el Madrid viejo cortado por procesiones desde esta mañana. A las ocho eran las nueves, y a las nueve, las diez. Cambio de clima, cambio de horario. ¿Y esto cómo es?

Creo que la mayoría son novedosas. Algunas, rescatadas del repertorio barroco del XVII, cuando, capital todavía de un Imperio amenazado, el Madrid religioso copaba la escena. Olía a incienso cuando a las cinco de la tarde crucé la calle Mayor. Estaban cortadas las entradas y salidas por Bailén, la Escalinata, San Justo. Y a estas horas estará la hermandad de los Estudiantes entrando en Córdón. O saliendo. Parece otra época. Ramos de tomillo y olivo. Y romero. ¿Incienso o romero? ¡Ro-me-ro! El romero de la terraza de La Casa Encendida es tan fragante que te sientes en el campo azul de la Alcarria.

Las Ventas: en el palco 14, los artistas: Pepito Puente, el Gitano Rubio. En el 16, los chicos de la prensa. La banda de música parece otra. Lo será. ¡Qué bien suena el Gitanillo de Triana, del maestro Franco, que tantas veces se escucha en Bilbao! No sabía que Abel Moreno le había hecho a Victorino un pasodoble. Ha sonado en el paseílo. Como tantas otras piezas de Moreno, un aire de Semana Santa. Lo propio del día .

Me ha encantado **Fortes**. Clásico, distinto.